

PEGO PUIGBÓ, A., *Poética del monasterio*. Ediciones Encuentro, Colección Nuevo Ensayo n° 108, Madrid, 2022, 266 págs.

Ediciones Encuentro publica *Poética del monasterio*, obra con la que Armando Pego Puigbó, catedrático de Humanidades en La Salle – Universitat Ramon Llull (Barcelona), culmina un itinerario de marcado tono personal iniciado con *Trilogía Güelfa* (2014-2016) y continuado con *El peregrino absoluto* (2020). Su proyecto, ensayístico y literario, pretende ser una reivindicación de la Tradición cristiana ante una Modernidad que pretendería deslegitimarla y sepultarla por considerarla obsoleta. Si las dos primeras partes de esta trilogía se regían sucesivamente por los dogmas cristianos de la Creación y la Caída, la tercera, que aquí reseñamos, «está bajo el poder de la Redención» (p. 27). Siendo así, *Poética del monasterio* no es una obra que pretenda defender una Tradición anquilosada en el pasado desde una postura derrotista, sino reflexionar sobre cómo conservarla, enriquecerla y vivirla en un presente que ya habría sido redimido.

El título de la obra alude a la voluntad del autor de ensayar una poética en torno a la figura del monasterio. Pego Puigbó no mantiene que el monacato sea organizativamente o espiritualmente el único modelo posible para el cristianismo. Más bien considera, siguiendo a Louis Bouyer, que toda vocación cristiana participa en cierta medida de la vocación monástica. Recordar esto ayudaría a todo cristiano a vivir esperanzadamente su cotidianidad más allá de toda profesión religiosa. A fin de profundizar en su planteamiento, el autor se adentra en una serie de reflexiones teológicas, antropológicas, morales y estéticas que se disponen en torno a la estructura de la Liturgia de las Horas. Los capítulos, tras el «Invitatorio» inicial, que funciona a modo de preámbulo, se organizan en siete partes que corresponderían sucesivamente al Himno, a la Salmodia, a la Lectura bíblica, al Responsorio, al Cántico, a las Preces y a las oraciones conclusivas.

En la primera parte, titulada «In nomine spiritus», el profesor Pego medita sobre

la oración, la virtud y las categorías del estudio. Recurriendo a autores de la primera mitad del s. XVI como Tomás de Villanueva o Alonso de Orozco, Pego ahonda en la necesidad de recuperar una visión monástica que, fiel al *ora et labora*, aúne contemplación y acción en una época que habría tendido a oponer y a confundir ambas esferas. En contra de las tendencias psicopedagógicas contemporáneas, Pego defiende la importancia de las potencias del alma: entendimiento, memoria y voluntad. Indispensables para que la humanidad de la persona cumpla su dimensión trascendente, las tres potencias permitirían, gracias a su estrecha relación con las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), el cuidado continuo del alma, «que es también el cuidado continuo de la creación de sí» (p. 38). Solo bajo su amparo el estudio podría convertirse en una actividad verdaderamente significativa, capaz de superar la mera acumulación de saberes fosilizados o la reducción del conocimiento a competencias. Pego incide particularmente en el vínculo entre el amor a las letras y el deseo de Dios. Quien estudia y medita debería ser fiel a su condición de peregrino en la tierra y no separar su actividad de una concepción escatológica del tiempo.

«La palabra y la carne» es el título del segundo capítulo. Nuestro autor afronta aquí la crisis simbólica del monje, del padre y del maestro, tres figuras que constituyen un *leitmotiv* a lo largo del libro. Su crisis, moral y social, coincidiría con la que estarían atravesando tres instituciones esenciales: la Iglesia, la familia y la escuela. En consecuencia, tres espacios decisivos en el desarrollo de la persona, tanto en su dimensión íntima como en su dimensión cívica, se verían afectados: la celda, el hogar y el aula. Pego advierte que las tres instituciones, junto con lo que estas encarnan, estarían siendo atacadas por un Estado ateo y divinizado que pretendería controlar, eliminar o absorber sus funciones.

La premisa de su análisis parte de que la dignidad de la persona es irreductible a su dimensión cívica. Ante todo, debería considerarse también su humanidad, custodiada en primer lugar por la dimensión pre-política de la familia, que se erigiría

como «la resistencia natural a las pretensiones de cualquier poder tecnocultural» (p. 53). En la cuestión de la familia sobresaldría particularmente la oposición moderna al relato fundacional judeocristiano que habría vertebrado la organización social de Occidente durante siglos. Para el autor, «no hay otro tema político de calado que no sea el teológico de la Caída» (p. 57). La familia tradicional, como pondría de manifiesto el sacramento del matrimonio, remitiría a un estado edénico previo a la expulsión. Su modelo, cuya seña de identidad radica en la oración y el trabajo, apuntaría hacia una eternidad que lo dotaría de sentido. El matrimonio o la voluntad de fundar una familia, en cambio, «se basan ahora en el deseo de realización personal que vincula la orientación sexual con la satisfacción de las necesidades afectivas de sujetos jurídicos de pleno derecho» (p. 56). El Estado, por su parte, se encargaría de garantizar a los individuos el derecho a dar respuesta a sus emociones, siempre provisionales e insatisfechas. En una sociedad inmanente que rechaza la Tradición, el matrimonio cristiano sería testimonio, junto con la vocación religiosa, del Edén y de la Jerusalén Celeste. Ambos símbolos, por su fuerza, resultarían incómodos en una sociedad que pretendería vaciar la vida de todo contenido espiritual.

Por otra parte, el papel del maestro en la escuela también estaría siendo denostado. Para Pego, su figura se vería reducida a la de un agente docente, en el fondo cada vez más prescindible, que ya no tendría nada que transmitir y que vería limitado su papel al de ser un simple metodólogo y gestor de emociones. Con Massimo Recalcati, Pego defiende que no se puede desvincular al maestro de su papel formador. Arguye que matar al maestro, al padre y a Dios debiera ir de la mano de una pregunta por «el impacto de la pérdida de la condición de discípulo, como ocurre también con la del hijo y la de fiel» (p. 83). En defensa de una nueva pedagogía, el Estado acabaría ejerciendo una violencia institucionalizada que formaría parte de los asaltos a las bases antropológicas y morales del orden tradicional que se habrían producido, que,

particular intensidad, durante los últimos cincuenta años.

Evidentemente, la Iglesia no habría permanecido indemne a los asaltos de una sociedad antitradicional, pero pese a sus derrotas y concesiones a los poderes terrenales de *este mundo*, aún podría contar con la imagen del monasterio como símbolo de resistencia. La Modernidad habría intentado acabar repetidas veces con una vida monástica que no encajaría con su programa de emancipación. Permaneciendo activos en la oración, los monjes recordarían al hombre que, para alcanzar la plenitud, se necesitaría a *Otro*. El profesor Pego señala que, en su celda, «el monje no se busca a sí mismo, sino que corre tras la vida» (p. 119). Lejos de ser espacios faltos de compromiso con el mundo, los monasterios serían lugares de hospitalidad y servicio que posibilitarían el reencuentro del huésped con la tradición.

La tercera parte de la obra, titulada «Los umbrales de Troya», reflexiona sobre las relaciones entre la cultura grecorromana y la cultura judeocristiana, pilares de Occidente. Utilizando como modelos a los protagonistas de la *Eneida* y la *Odisea*, Pego ahonda en lo que significan las figuras del padre y del hijo. Para Eneas, su identidad personal y su identidad política pasan, sin confundirse ni separarse, por la figura del padre. Su relación con él posibilita que realice un camino en el que asume los rasgos de su propia identidad. Como ocurre con el padre, afirma Pego, sucedería también con el maestro: «entre el uno y el otro se abre el camino de *sí mismo*» (p. 133). Por otro lado, Odiseo se erigiría en una especie de antítesis de Eneas. Si este último debe dejar atrás a su esposa y renunciar a Dido para cumplir con una meta que trasciende los límites de su vida personal, el primero regresa a Ítaca tras constatar que ninguna de las experiencias vividas fuera de casa le colman. Para Odiseo, la existencia de Penélope es «el recordatorio de las obligaciones comprometidas» (p. 137). Eneas y Odiseo deberían ser reclamos que nos condujesen a replantearnos nuestra posición como padres e hijos. Particularmente, la figura de Telémaco, hijo de un padre ausente, nos recordaría que,

para vencer a unos Pretendientes que amenazan con destruir nuestra herencia cultural, padres e hijos tendrían que disponerse «a una lucha que les permita recuperar un espacio político tanto como una dimensión de la intimidad que mantenga, junto al hogar, las libertades elementales de la propiedad y el culto religioso» (p. 140). En este sentido, la Sagrada Familia constituiría un modelo ideal de familia al que seguir. Su hogar sería a la vez escuela, porque educaría la dimensión social de sus miembros, y monasterio, porque rendiría culto al misterio de vida que lo posibilita.

Las figuras del peregrino y del viajero, que habrían forjado nuestras nociones de paternidad y filiación, son también objeto de análisis en este capítulo. Sin estas, no entenderíamos la crisis de la cultura humanista. Abrahán y Odiseo, modelos de peregrinos y de padres, lo mostrarían. Ambos ejemplificarían cómo la tradición occidental habría entendido que «la vida como peregrinación y hospitalidad (*homo viator* y *monachus*) se ha fundado siempre en un doble movimiento: una salida que es un regreso (*éxodo*) y un retorno que es siempre subida (*anábasis*)» (p. 154). La Tradición necesitaría regresar a sus orígenes si quiere sobrevivir a una crisis que podría estar replicando el saqueo y la destrucción de Troya. Su asedio sería «indistinguible del mediodía del Edén» (p. 159). La destrucción de instituciones básicas como la familia tradicional y la escuela serían requisitos para que la Modernidad pueda asaltar directamente el árbol de la vida merced a la ciencia y a la técnica. Como ya se ha dicho, la realidad monástica sería un obstáculo para su programa. Los monasterios, lugares estables de hospitalidad, acogerían y protegerían tanto a la escuela como a la familia.

El capítulo cuarto, «En vasijas de barro», es el más literario y breve del libro. Se estructura a su vez en dos partes. La primera, formada por siete apólogos, intenta esbozar una aplicación de siete virtudes que, bajo la enseñanza monástica y sin moralizar, cumplan con los mandatos evangélicos y sirvan para hacer frente a los pecados capitales. A partir de relatos y episodios breves, Pego reflexiona en torno

a la pobreza, la humildad, la obediencia, la oración, el ayuno, la hospitalidad y el acto de la fe. Este último implicaría una sencillez capaz de ver lo Invisible en lo Visible. La segunda parte está construida a base de meditaciones de carácter intimista y aforístico. Pego expone una serie de reflexiones acerca de los elementos que llevarían configurando nuestra imagen de la modernidad religiosa desde el s. XVI. La transmisión de la fe en un mundo que pone en entredicho la existencia de los milagros, los sentidos aplicados al concepto «reaccionario» o el papel de la cultura tras el proyecto democratizador de la Revolución son algunos de los temas tratados aquí.

«Después del Edén» es la quinta parte de la obra. En esta se plantean respuestas ante los desafíos de una postmodernidad que pretendería alcanzar, desde una visión transhumanista, el paraíso en la tierra. Pego explica que el pensamiento moderno es heredero de la Reforma y la Revolución. Sin embargo, la Modernidad estaría atravesada por un itinerario alternativo que, si bien no habría triunfado, todavía sería posible transitar. El autor considera que los primeros protagonistas de ese recorrido se pueden encontrar en la espiritualidad española de la primera mitad del s. XVI. El pensamiento de Juan de Ávila sería un claro ejemplo de cómo la espiritualidad monástica de la tradición milenaria anterior continúa sus andaduras en la Modernidad. Cabe destacar que no se trataría de reducir el significado del monasterio a su literalidad, sino de recuperar su sentido espiritual. El monasterio debería entenderse en clave simbólica. Del mismo modo que la familia y la escuela podrían aportar al monasterio ejemplos que le ayudasen a cumplir su vocación, la vida monástica podría ejercer sobre ambas «el influjo de su modo de entregar la vida a lo único necesario: Dios» (p. 192). El espacio físico del monasterio sería un testimonio encarnado de la posibilidad de apostar por una vida centrada en la Muerte y Resurrección de Cristo, pero los lugares en los que cada bautizado ejercería su misión particular serían diversos.

La sexta parte, titulada «La soledad sabbática», resalta la necesidad de recuperar

la centralidad del misterio del Sábado Santo. Como las mujeres del Evangelio, los defensores de la Tradición también deberían meditar ante el sepulcro sellado. Los nuevos saqueadores de Troya, asaltantes del Jardín del Edén, habrían ganado en su lucha por atacar los núcleos antropológicos decisivos de la Tradición cristiana. Ante esto, sus defensores podrían recogerse en el silencio y la soledad del descanso sabático. Entre la Muerte y la Resurrección, la espera del Sábado Santo tributaría «el honor, el poder y la gloria a quien ha de venir de nuevo» (p. 234). Meditar ante la piedra del sepulcro, vigilada por unos guardias que esperan que permanezca cerrada, no sería un refugio o una evasión del mal del mundo. En la piedad de las mujeres que acudieron al sepulcro se desvelaría otro modo de combatir las tinieblas. A través de la contemplación, el creyente podría vivir con una fe radical capaz de hacer frente a la oscuridad con abandono y confianza. La vida monástica reflejaría la posibilidad de vivir esa espera.

El último capítulo de la obra, titulado «Amén», cierra el recorrido desarrollado a lo largo de los capítulos precedentes recapitulando sus tesis esenciales. Pego pone énfasis en que la imagen del monasterio supera su significación histórica al encarnar simultáneamente una experiencia interior. La vida monástica serviría, como el humanismo, «para custodiar y transmitir la vida de la Creación» (p. 252) con fe y perseverancia.

Escrito con un estilo muy particular que combina rasgos tanto académicos como literarios, *Poética del monasterio* es un libro que trata con originalidad la relación entre Tradición y Modernidad. Sin ser una obra sistemática, los capítulos que la componen analizan hondamente las consecuencias que se derivarían del rechazo de la Tradición. La crisis moral y social que caracterizaría a nuestra época atestiguaría el fracaso en el que desembocaría el proyecto moderno. Sin embargo, lejos de instalarse en la nostalgia, el autor apuesta por una tradición espiritual que todavía no habría dicho su última palabra. Como su autor pretende, el propio libro se

convierte en una suerte de monasterio que acoge al lector hospitalariamente conduciéndolo silenciosamente a través de sus dependencias. Quien se adentre en este libro-monasterio encontrará en sus recovecos instrumentos que le permitirán juzgar la crisis del tiempo presente sin ceder a la desesperanza. – FRANCISCO J. CAÑETE CANTÓN (francisco.canete@students.salle.url.edu)

GOÑI, C., *Pico della Mirandola*, Arpa, Barcelona 2020, 206 págs.

El Renacimiento supuso un periodo de fecundidad y de optimismo para la historia del arte, la política y la ciencia, además de erigirse como un periodo axial en el tránsito desde la cultura clásica greco-latina y el Medioevo hasta el advenimiento de las promesas de la Modernidad. Para la filosofía también supuso un momento de recuperación del legado de la Antigüedad, precisamente en el momento en que resultaba preciso reconstruir las ruinas de la escolástica y del escotismo —que habían consolidado un cuadro intelectual fuertemente unitario—, zarandeados por la controversia de los universales y del nominalismo. Esta filosofía del Renacimiento, merecedora de atención académica por la relevancia de sus pensadores y planteamientos, tiene un insigne representante en Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494). Humanista, erudito, soñador de la *pax philosophica*, cuya fue una vida breve pero digna de elogio por su plenitud. Al príncipe de la Concordia —en virtud de su título nobiliario y de su aspiración intelectual a sanar la escisión filosófica y teológica— con su *Discurso sobre la dignidad del hombre* puede atribuírsele el manifiesto fundacional del Renacimiento. Pico della Mirandola evidencia el vivaz y optimista espíritu de su época así como la recuperación del sincrético legado de la Antigüedad para la historia del pensamiento. A esta figura, tal vez no tan celebrada ni conocida como mereciera, el doctor Carlos Goñi dedica el libro *Pico della Mirandola*.

Este volumen excede la consideración de mera biografía de un pensador pues incluye una traducción anotada del *Discurso*